

Miguel de Zárraga
EN LOS ESTADOS UNIDOS. LA MISIÓN DE BLASCO IBÁÑEZ
(ABC, 3-12-1919)

En la neoyorquina Universidad de Columbia acaba de hablar Vicente Blasco Ibáñez. Su discurso de soberana elocuencia versó acerca de «Lo que España ha significado y significa en el progreso del mundo». Y las aclamaciones al novelista insigne constituyeron el más ferviente himno de homenaje a España.

Hoy, para los norteamericanos, en el inmenso océano de las letras donde por cada pluma bien pudiera contarse una gota de agua, muy pocos son los hombres-faros en cuya luz se envuelve el mundo entero. En el pasado, esos hombres se llamaban Cervantes, Shakespeare, Hugo, Dickens, Tolstoi... En el presente, Sienkiewicz, D'Annunzio, Blasco Ibáñez. Y de todos ellos acaso ninguno llegó a ser tan repentina y plenamente admirado de mundo a mundo como nuestro compatriota Vicente Blasco Ibáñez. Entre los contemporáneos, ninguno de esos autores fue, en toda su vida más leído que Blasco en un solo lustro. El éxito asombroso del *Quo vadis?* no fue nada comparado con el de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Y este éxito tanto más sorprendente cuanto que Blasco Ibáñez no es inglés, ni francés ni ruso, ni siquiera italiano.

Cuando se inició el triunfo incomparable de *Los cuatro jinetes* hubo una revista norteamericana que aseguró a sus lectores: «El autor es un excéntrico inglés que reside en la Argentina, donde fundó un pueblo, y se hizo proclamar su rey, encubriendo modestamente su origen bajo el seudónimo de don Blasco Ibañes». Otra revista no menos enterada, rectificó en un punto aquella pintoresca información: «Blasco Ibañes no nació en Inglaterra. Es un ruso emigrado a la Argentina desde donde conspirara en favor de su fraternal correligionario Kerensky». Ambas revistas coincidieron en algo: «No es español, porque ¿cómo un español pudiera haber escrito *Los cuatro jinetes?*».

Blasco se indignó cuando leyera esta coletilla, y a punto estuvo de dudar entonces si Cervantes sería portugués. Se consoló pensando: «Lo cierto, lo innegable, lo indiscutible, es que yo he podido triunfar en el mundo; aun a pesar de ser español!». Ya sabemos, pues, los españoles cómo se triunfa a viva fuerza por derecho propio, y cualquiera que fuese nuestra nacionalidad o nuestra lengua la llave de la gloria solo tiene un nombre genio.

Pero no todos los que creemos genios lo son realmente. El verdadero genio ha de exteriorizarse ¡Pobre del escritor que, encastillado en su torre de marfil más o menos autentica no sabe asomarse al mundo, o sufre del vértigo de las alturas si se asoma...! Blasco no solo se asomó: empujó cuantas puertas le cerraban el paso, y aventurose mundo adentro, sin preocuparse de razas ni de idiomas. Y hasta en los más ocultos rincones de este mundo hizo suya a la gloria. Pero esto no lo hubiera podido conseguir de no haber poseído un cerebro privilegiado, rebosante de luz, pletórico de vida, abierto a todas las emociones. El secreto de la fuerza de Blasco está en su mente universal, poética capaz de asimilarse todos los espíritus y de reflejar el suyo propio en forma que todos lo puedan creer de ellos mismos. Así los libros de Blasco Ibáñez, sea cual fuese su asunto o el lugar de su acción, son obras mundiales, es decir, obras de humanidad, donde palpitan hombres y mujeres de carne que nos interesan como seres vivos y cuyo vigor no se pierde ni se disminuye aun a través de las más extrañas literaturas.

¿Cómo, pues, sorprendernos ante el paso triunfal de Blasco por los Estados Unidos ahora, antes por Francia, por Alemania, por Inglaterra, por Rusia, por toda Europa? Es el Cervantes de hoy, poeta y soldado do como el otro, que también como el otro sufrió sed de justicia en la cárcel y como el otro se ciñó de laureles en todos los idiomas de la tierra.

Nueva York, noviembre de 1919